

Cada cosa tiene su cosa

*En la letra del mayor de los mayores:
testimonio de un palero llamado
Emilio O'Farril*

Oswaldo Navarro
Escritor y Periodista

Cuando lo conocí, a mediados del año 1991, su celebridad se extendía a lo largo de Cuba, y muchos lo incluían en la nómina de los legendarios babalawos¹ de Guanabacoa. Pero Emilio O'Farril no era babalawo, ni podía serlo: él era básicamente palero², y en esta religión tenía la mayor de las dignidades, que es la de Tata Deabola. Pero, además, en la vertiente yoruba o lucumí, que también practicaba, era hijo del orisha Oggún³, y como tal, por razones que atañen a principios de esa religión, estaba imposibilitado para adquirir la jerarquía de babalawo. Así que era santero.

Nieto de congos traídos a Cuba como esclavos, el Tata Emilio nació, en 1904, en Sierra Morena, un poblado cercano a Sagua la Grande, provincia de Villaclara. Pasó su adolescencia en Jovellanos, Matanzas, y desde muy joven se radicó en la localidad habanera de Guanabacoa, donde fundó una familia.

Durante casi medio siglo trabajó como estibador en el puerto de La Habana. Su aporte al conocimiento del folclor cubano es de un valor incalculable, ya que fue uno de

los principales colaboradores de Fernando Ortiz y Argeliers León⁴, en materia de cantos y bailes, en la rama conga o bantú, que en Cuba se conoce como palo monte. Por sus excepcionales dotes en esa materia, tuvo una participación decisiva en la fundación del Conjunto Folclórico Nacional, como coreógrafo, bailarín y tamborero.

Su familia vivía en una vieja casona en el centro de Guanabacoa, pero él permanecía en su vieja casita de madera, que se caía a pedazos y se mojaba a chorros cada vez que llovía. Allí conservaba todos los fundamentos del culto que le habían legado sus antepasados, y mantenía viva aquella humildad que profesaba y que formaba parte de su ética y su filosofía de la vida. Por eso, en ella consultaba a sus ahijados, y recibía lo mismo al actor Harry Belafonte que al rey de los yorubas.

Había asumido su misión como un sacerdote, y no cobraba por sus consultas, sino lo que cada cual pudiera dejar de acuerdo con sus recursos económicos. Incluso, cuando alguien no contaba con el dinero necesario para realizar las obras que le recomendaban sus santos y sus muertos, él asumía los costos.



*Receptáculo mágico-religioso del
Palo Monte (Nganga)*

Cuando lo conocí, a pesar de sus 87 años, conservaba una vitalidad asombrosa: asistía a cuanta actividad religiosa lo invitaban sus ahijados, por muy lejano que fuera el lugar (a veces, me pedía que lo acompañara), y bailaba en los toques con soltura y agilidad juveniles. Mantenía una excelente memoria, que parecía refrescar en la frescura del monte y en la savia de los palos y las yerbas. Su palabra se percibía honda y sabia, y aunque su conversación era fluida, su sabiduría le indicaba, en cada momento, qué decir y qué callar, sobre todo en cuestiones políticas⁵.

Después de publicado este testimonio, establecimos una relación, más que amistosa, familiar, hasta el punto de que cuando yo no iba a verlo él me visitaba, y a veces permanecía varios días en mi casa. Venía en aquellas guaguas repletas que circulaban en La Habana a principios de los años noventa, y descendía jadeante, pero sin enojos ni contrariedades, frente a las miradas curiosas de los vecinos, que sabían de quién se trataba. Nunca llegaba con las manos vacías, sino que traía algo para que yo lo cocinara. Las más de las veces, carne, entonces imposible

de conseguir en los mercados habaneros, aunque no dejaba de consumirse en las profundidades del mundo marginal en el que se movían sus ahijados.

Allí, en aquella casa, donde alguna vez había sido feliz, el Tata y yo compartíamos nuestras mutuas soledades. Yo padecía de unos desvelos interminables, pero él dormía durante largas horas, como si ya sintiera el cansancio de la vida, pero tenía un sueño trabajoso, porque la mayor parte del tiempo hablaba en voz alta con sus muertos.

Él sabía que pronto yo me iría de Cuba, y ponía lo mejor de su pensamiento y de su alma para que me liberaran de aquella prisión en la que me habían confinado. Sabía también que, cuando me permitieran salir, jamás regresaría. No recuerdo con precisión la última vez que nos vimos. Creo que tampoco hubo despedida. Conservo su recuerdo con verdadera devoción, porque, con muy pocas palabras o sin ellas, me dio algunas lecciones que me han sido de gran utilidad en la vida. Una foto suya me ha acompañado, para que no se me olvide quién soy ni de dónde vengo, en el desarraigo y la carencia de puntos cardinales que significa el exilio.

De Emilio O'Farril no supe más hasta dos años después de mi partida. Alguien me informó desde Cuba que había regresado a la que fuera mi casa, ya no para verme, sino para tenderse en la misma cama donde hablaba con sus muertos, cerrar los ojos y concentrarse (como cuando invocaba a Zarabanda⁶) y pasar, a lomo de su caballo invisible, la leve frontera que lo separaba de la eternidad.

Quince años después⁷ reproduzco lo que considero permanente de aquel testimonio, como homenaje a uno de los hombres más generosos que he conocido en mi vida, y como muestra de respeto hacia la humildad que sustenta a los auténticos practicantes de

las religiones cubanas que debemos a los africanos. Algún día, cuando Cuba no necesite héroes ni mártires, sino pilares morales y espirituales para rehacer su memoria cultural, se verá, en toda su dimensión, la estatura de hombres como Emilio O'Farril:

Yo soy, por palo, Tata Deabola, que quiere decir el mayor de los mayores. Conozco lo abakuá⁸, pero lo mío es el palo y lo yoruba. El palo está dentro de lo bantú, y lo yoruba es lucumi⁹. Por la parte yoruba, mi santo es Oggún, que en la regla viene siendo San Juan de Dios, el que bautizó a Cristo. Si se viene a ver, San Juan es más grande que Cristo, porque él vino primero. Yo soy cristiano y estoy bautizado.

Oggún es santo guerrero de la tierra de Yesú. Es el dueño del hierro, y por eso, su característica es ser herrero. Tiene un yunque donde fabrica todas las armas y herramientas. La más importante es el cuchillo, porque fue la primera que hizo. Se viste de rojo marrón, y hay una parte que se pone en negro. Su representación verdadera es una cadena de hierro, de la que cuelgan catorce o veintiuna armas y herramientas.

Mis conocimientos los adquirí por mis abuelos, desde que era muchacho, oyendo y viendo cómo se hacían las cosas. Mi hijo Rodolfo, que trabaja conmigo, con los años puede llegar a ser Tata Deabola. Él tiene, pero todavía le falta.

A mí me conoce mucha gente, pero, a decir verdad, en este orden de cosas, uno se pone a pensar, y los amigos son pocos, porque cada uno hace su mundo aparte. Una persona muy cercana es el señor Mundo Fong, que tiene como ochenta años y que viene de aquella reunión que teníamos en Sierra Morena. Pero ya no es como antes cuando existían los cabil-dos¹⁰. Estábamos todos unidos, y el que más sabía era quien dirigía.

Yo creo que debemos unirnos más, y empezar por casa, por la familia. Porque hacer

una familia no es, como muchos piensan, tener una casa con mujer y con hijos, y de vez en cuando comprarles un par de zapatos a los muchachos. No, eso no es así. Es llevar esa familia unida, por un buen sendero, enseñarle cómo tiene que vivir con moralidad y criterio. Para eso hay que ser buen padre, buen marido, buen trabajador; que los hijos vean en el padre un camino a seguir.

Ésa es, según mi pensamiento, la manera de que la patria se mantenga unida. La patria es lo más grande, y para ayudarla hay que tener condiciones, criterio y moral. ¿Cómo? Siendo hombres dignos, decentes y luchadores. Hay que enseñar al que no sabe, darle criterio de lo que es la libertad.

Aquí vienen personas de todas partes, sin problemas. Vienen de Pinar del Río, Matanzas, Sancti Spiritus, Camagüey, Santiago de Cuba. Hasta en Guantánamo tengo ahijados. Hay días que empiezo a recibir por la mañana y a las diez de la noche no he terminado, porque llegan a esa hora del interior.

Tengo tantos ahijados que no recuerdo cuántos son. Algunos llevan la cuenta pero yo no, porque desde que tenía veintipico años los vengo teniendo. De algunos, no me acuerdo ni quiénes son. Muchos ya son viejos y otros se han muerto.

Los congos

Yo soy congo musundi. Soy aparte. Lo congo está dentro de lo bantú, pero hay distintos tipos de congos. Hay mezcla intulti, quinfuiti, suaba, fundongo, carabalí, bubota. Están también el gangá y el mandinga o moro, que son negros prietos pero con nariz y pelo, y tienen facciones de blancos. El congo real era el que sabía leer y escribir, y por eso era el jefe de la tribu.

Todas éstas son tierras bantú, y se llaman Unayanda, que es el territorio donde se nace.

África es Cunayanda. Yoruba es la tierra más grande de África. Ellos dominaron a todos los demás. Por eso los yorubas y los congos tienen relación, porque los yorubas eran algo así como la capital. Todo partía de allí.

Los congos en Cuba se desarrollaron más de Matanzas para acá. Para esta parte había algunos, como los quinfuiti en Quiebracha. Pero aquí, en La Habana, lo más fuerte fue lo lucumí, y algunos cabildos arará.

En la zona de Matanzas todavía quedan algunos nietos de congos, porque los congos crearon familias. Pero con el tiempo, los que saben se van muriendo. Y los viejos no se han ocupado de enseñar a sus descendientes. Por eso lo auténtico tiende a desaparecer.

Colaborador de Fernando Ortiz y Argeliers León

Fernando Ortiz y Argeliers León sabían mucho de esto. Fernando era, en cuestión de ciencia y teoría, el que más sabía. A él me lo trajeron aquí Jesús Pérez, uno de los tamboreros más grandes que ha dado Cuba, Raúl Pérez y Trinidad Torregosa, que eran sus asesores. Fernando se sentaba en una butaca, que todavía existe, sacaba una libretita que traía, y yo empezaba a darle clases, y él a escribir. Horas estábamos en eso.

A Fernando uno le hablaba con mucha confianza, porque él sabía que algunas cosas se podían publicar y otras, no. Tenía algo muy bueno: no preguntaba nada directo, directo. El primer día que vino, me dijo: “Emilio, yo no quiero que me hables de cómo llevas las cosas, ni que me pongas una cazuela así o asao. Yo quiero cantos y bailes”. Y así lo hicimos.

Una de las últimas veces que anduvo por aquí, me dijo que su mujer estaba muy enfer-

ma, y me preguntó. Entonces yo le dije: “Mire, Fernando, no hay nada que hacer, ella tiene algo malo”. A los pocos días se murió.

Al principio, cuando yo empecé a colaborar con Fernando y Argeliers, me busqué muchos problemas entre mi gente. La Habana y Cuba entera estaban alborotadas, a ver lo que yo iba a hacer. Me decían: “¿Cómo tú vas a llevar esto al teatro?”. Pero no pasó nada, porque yo llevaba nada más aquello que se podía: música, cantos y bailes.

Por Argeliers fue que me metí en la organización del Folclórico, aquí en Guanabacoa. Argeliers fue el de la idea, y el máximo líder de la fundación. Él iba a ser el director, pero en eso lo mandaron para el instituto de Ciencia¹¹, y entonces vino la otra gente.

Oreol Bustamante, que ya está muerto, y yo estuvimos desde el principio. Empezamos aquí, en Alfa y Omega. Ahí se hicieron las primeras reuniones. Cuando vino lo del Folclórico Nacional, en 1964, Oreol y yo nos ocupamos de la parte conga. Cuando eso, siempre había cosas nuevas, porque estábamos los bárbaros. Giras por el extranjero hicimos algunas. Hasta en París estuve yo. Aquello fue tremendo.

Pero sucedió que un día estábamos en el teatro Amadeo Roldán cargando unas telas. Alguien me llamó, y cuando me viré, me caí con dos rollos encima. No me fracturé ningún hueso, pero dije: “Voy a dejar el Folclórico”. Y allá por el 66 o el 67, me jubilé. Ya antes, en Varadero, había tenido un problemita, y tuve que meterle un bofetón a uno. Y me encabroné, y me fui.

A veces me han llamado: “Vamos a hacer un cuadro, vamos a hacer un grupo”. Pero me he quitado de todo. Estoy aquí con mis ahijados. Me dicen que soy uno de los profesores más viejos de esto. No es que sea más viejo, es que no dejaron desarrollar todas las tierras congas éstas. Y a mí no me gustan los térmi-

nos medios, si vamos a hacer algo, lo hacemos como es, si no, no se hace, y se acabó.

Porque cuando nosotros enseñamos a todos los primeros instructores de arte esos, no se les enseñó a la mitad. Se les dijo cómo se hacían las cosas teóricamente y prácticamente. Hoy en día son profesores y les dan clases a otras personas.

Porque cualquiera coge un libro y lee. Pero después le dices que haga en la práctica lo que leyó, y esa persona no sabe. Lo correcto es que cuando se diga que el congo musundi se desarrolla en tal planeta, de tal manera, se vea que es así. Cuando se va a enseñar, se enseña bien, para que el discípulo ése, mañana o pasado, cuando se pare y diga: "A mí me enseñó Fulano de Tal", todo el mundo diga: "Es verdad, porque Fulano de Tal sabe".

La práctica

En nuestra religión, "rayarse en palo" es iniciarse. En ese momento al individuo se le jubila de "enguello"¹². Con el tiempo, a veces, cuando el iniciado ya tiene los conocimientos, se le hace "padre prenda"¹³, que es lucero cuatro vientos o acompañante de prenda. Pero para eso hay que tener muchos conocimientos.

Hay que saber mucho de la historia de los palos y las yerbas. Son conocimientos que vienen de los antepasados. Un palero no puede estar ciego frente al monte; tiene que conocer las yerbas y los palos, y saber para qué sirve cada uno. Cosa de que, cuando se hable de palos y yerbas fuertes, usted sepa lo que son: yaya, jocuma, ceiba, San Ramón, tengue, cabo de hacha, espuela de caballero, guayacán, salvia, maravilla, guanina, anamú, sasafrás, quimbancha, vence batalla, vencedores...

Yo conozco yerba para todo. Para las úlceras en el estómago hay un remedio radi-

cal. Yo mismo me curé con él. Hace muchos años tenía una úlcera que no me dejaba vivir, y me trataba con un médico que me cobraba veinticinco pesos por cada consulta. Me decía que tomara esto y lo otro, pero no me curaba. Entonces fui a ver a mi amo. Llega un santo y dice: "Tú tienes esto y esto, chico, pero te da miedo operarte". Digo: "Sí". Dice: "Yo te voy a resolver el problema". Y me dio la receta. A los dos meses fui de nuevo al médico. Me hizo una placa, y cuando la miró, me dijo: "No tienes nada". Vuelve a sacar otra, la mira y dice: "¿Tú comes de todo?" Digo: "Sí, yo como". Dice: "¿Y cómo te curaste?" Digo: "Con la medicina que usted me mandó". Dice: "Que va, a ti te da pena decírmelo, pero aquí hay otra cosa". Y digo: "Bueno, ¿y cómo usted sabe que no fue con la medicina que me mandó?" Y me dice: "Porque hay que recetar algo, lo que dicen que sirve, y uno lo manda". Entonces le expliqué cómo me había curado. Dice él: "¿Y tú no crees que esto le pueda asentar a todo el mundo igual". Digo: "Yo creo que sí". Y dice: "Oye, ¿por qué no te metes a esos que mandan yerbas para curar?". Y digo: "Deje eso, doctor".

La sabiduría del palero

El palero tiene que saber muchas cosas de la vida, tener experiencia, para poder aconsejar. Hay personas, y yo las he conocido, que se van desarrollando hasta los niveles más altos, y llegan a tener un palacio, pero fracasan. ¿Por qué? Mire usted: yo tengo una caja de fósforos, que está vieja pero sirve. Hay quien, cuando tiene el palacio, dice: "Coño, esta caja de fósforos de mierda". La bota y compra una fosforera. Y ahí mismo está el error. En cualquier momento vienen y le dicen: "Se acabó el palacio, ya no eres nadie". Entonces va corriendo a buscar la caja de fósforos, pero cuando llega ya no está allí, por-

que vino otro y la recogió. Y se queda sin fosforera y sin caja de fósforos.

Son gentes de capricho, y tienen que fracasar. Yo, por si acaso, oigo a todo el mundo. A veces viene por ahí un niño de unos cinco o seis años, y me dice: "Emilio, no salgas hoy de la casa". Si es otro dice: "Qué tiene que venir este fiñe a decirme esto a mí". Pero yo me pongo a pensar en quién lo habrá mandado, un santo, un espíritu, quién sabe, y me quedo en la puerta sentado todo el día. Otro individuo dice: "Yo tengo que ir, porque yo sí..." Y ahí mismo está el fenómeno, ahí mismo está el diablo.

Qué se puede sacar de todo eso: algo muy importante: cada cosa tiene su cosa. Cada cosa en el mundo tiene su cosa. Allá los que no lo sepan o no quieran saberlo.

Testimonio de E. O'Farril

NOTAS

- 1- Categoría jerárquica superior en la Santería o Regla de Ocha-Ifá. (Nota del editor).
- 2- Se refiere a los practicantes del Palo Monte, religión cubana de origen africano. (Nota del editor).
- 3- En Palo Monte, Oggún es Zarabanda.
- 4- Considerados los principales musicólogos de la etnología cubana.
- 5- En esta versión, he optado por eliminar las opiniones favorables que en el original vertía sobre el gobierno castrista, porque estaban dictadas por el temor, tanto suyo como mío, de que su testimonio fuera censurado. En privado, Emilio me formuló después las más acérrimas críticas al régimen imperante en Cuba. Recuerdo que, en una ocasión, cuando se hacían grandes festejos por un aniversario más del asalto al cuartel Moncada, me hizo un comentario como al descuido: "No sé qué celebran, porque este día debiera ser de luto. A esos muchachos los llevaron a que los mataran sin ningún sentido".
- 6- Deidad del Palo Monte. (Nota del editor)
- 7- Este testimonio fue publicado originalmente en la revista Bohemia, a finales de 1991.
- 8- Se refiere a las asociaciones secretas masculinas de origen africano, conocidas como Abakuá. (Nota del editor)
- 9- Denominación étnica que designa a varios grupos étnicos africanos, particularmente los Yoruba, introducidos durante el período de la Trata Esclavista Transatlántica. (Nota del editor)
- 10- Asociaciones religioso-mutualistas que agrupaban africanos y sus descendientes de un mismo origen étnico. (Nota del editor)
- 11- Se refiere al Instituto de Etnología y Folklore de la Academia de Ciencias de Cuba.
- 12- Persona no iniciada en la religión y, por tanto, desconocedora de sus secretos y prácticas rituales. (Nota del editor).
- 13- Categoría jerárquica en el Palo Monte. Posee sus propias ceremonias de iniciación y funciones específicas dentro del culto. (Nota del editor).